

niegues por el mundo; y quando la pena de la vida devota te pareciere dura, cantarás con S. Francisco: *Los mayores trabajos me parecen pasatiempos, considerando los bienes que des-*

pues de ellos espero.

Viva Jesus, á quien con el Padre, y Espíritu Santo sea honra, y gloria ahora, y para siempre, y en los siglos de los siglos. Amen.



VIRTUD MILITANTE

CONTRA LAS QUATRO PESTES del Mundo.

ENVIDIA.

LA Iglesia Católica nos ha enriquecido con la doctrina de tantos Santos Padres, y Doctores, que no tenemos ocasion de mendigar enseñanza de los Filósofos. Mejor, y mas segura escuela es la de los Santos. Agudísimo, y admirablemente docto fue Séneca: su estilo con la brevedad de las sentencias tiene obras de estrecho, que cifie en pequeños espacios corrientes de profundos mares de ciencia. Empero todas estas dignidades de espíritu sublime, que fulmina con las razones, que hace hablar cada letra de por sí, se lee aventajado en S. Pedro Chrysólogo. Por esto yo quiero enriquecer mi discurso con el oro de sus palabras; y para escribir en buena moneda empezaré

con las que predicó en el Sermón quarto del Hijo Pródigo: *La envidia es mal antiguo, primera mancha, anciana ponzoña, veneno de los siglos. Esta en el principio ecbó, y derribó al Angel del Cielo. Esta desterró del Paraíso á nuestro primer Padre. Esta arrojó de la casa paterna este hijo primogénito. Esta á la progeme de Abraban, al Pueblo escogido, armó para la muerte de su Autor, y de su Salvador. La envidia es enemigo doméstico: no bate los muros de la carne, no conquista las fortificaciones de los miembros; solo combate los alcázares del corazón, y antes que las entrañas lo sientan, cautiva, y lleva en prision la misma alma, señora del cuerpo.*

Aquí está la envidia definida,

da, aquí exémplicada: aquí se descubre su intento, se nombran sus armas, se dán sus señas. Su linage es el mas antiguo de todos los vicios; mas no por eso adquiere nobleza. Antes nació que el mundo, para que hubiese quien destruyese el mundo en naciendo.

La envidia fue vientre de los pecados: el pecado fue parto primogénito de la envidia. Adelantóse el Angel al hombre en este parto, y sucedió al Angel el hombre. El bien fue primero que la envidia, porque es tan mala, que solo aguardó á tener buena madre para ser ruin hija. Si el bien la hizo mala, quién la hará buena? Ella hizo ascuas del Infierno las luces del Sol: persuadió á los Séráfines á ser demonios: hizo que perudiesen las sillas de gloria; y luego que el mundo fue recién nacido, procuró que el hombre no las poblase. Dilatólo en Adan, y osó estorvarlo en Christo con el sueño de la muger de Pilatos, que procuraba escusar en su muerte el medio de aquella restauracion. Qué no ha intentado la envidia? En el Cielo, y en la tierra qué ruina no se escribe debaxo de su nombre? Por eso la llama nuestro Santo veneno de los siglos. Ella atosiga todas las edades: ella es indu-

cida de muertes. El propio Santo en el mismo sermón lo dice: *O hinabazon de la envidia! en una casa grande no caben dos hermanos! Hizo la envidia que toda la latitud del mundo fuese angosta para dos hermanos; pues ella incitó á Cain para que diese la muerte al que era menor, para que hiciese solo la malicia envidiosa al que la ley de la naturaleza hizo primero.* Ella derribó al Angel, reduxo á Adan, hizo á Cain fratricida, y dió la muerte á Abel, cuya sangre fue la primera mancha de la tierra; y por eso la llama San Pedro Chrysólogo primera mancha de enfermedad; que se introduxo en la salud de los Angeles, que estrenó al primer Padre, y al primer hijo. Quál descendiente presumirá, rodeado de cuerpo y asegurado de ella? Y si en el Cielo ya no puede entrar, de la tierra, por el pecado que introduxo, ya no puede salir. Fue causa del pecado, y es su castigo. Conócese la vileza de la envidia en que no hay envidioso tan vil, en quien no halle otro envidioso que envidiar. De nada tiene asco, pues de sí no le tiene. No solo se envidian los bienes, sino los males: no solo las honras, sino las afrentas: no solo la prosperidad, sino la miseria. Tan-

to siente el envidioso que otro tenga poco mal como mucho bien: poca afrenta, como mucha honra: poca miseria como mucha prosperidad. Grande envidia anda desconocida en los Palacios con nombre de alabanza, y con rebozo de respeto: en los Tribunales con nombre de interpretacion, y de medio: mucha en las amistades con traje de zelo: mucha en los padres con semblante de gobierno; y mucha en los hijos en figura de obediencia. El hombre, ó ha de ser envidioso, ó envidiado, y los mas son envidiados, y envidiosos; y al que no fuere envidioso, quando no tenga otra cosa que le envidien, le envidiarán el no serlo. Quien no quiere ser envidiado, no quiere ser hombre; y quien es envidioso, no merece serlo. El envidioso es adúltero de los bienes, pues dexa los propios por los agenos. Los que mas se quejan por que los envidian, son los que siempre están haciendo por que los envidien. Quéjense de lo que hacen: en esto se verá la calidad de lo que hacen. Muchos blasonan con vanidad el tener muchos envidiosos, y estos son los peores envidiosos de sí mismos. De la envidia los que mas frecuentemente se quejan son los propios envidio-

sos; y con razon estos solos se deben quejar de ella, pues solo para ellos es mala, si bien para todos es peligrosa la envidia. Atormenta al que la tiene, y canoniza al bueno que la padece. Virtud envidiada es dos veces virtud.

La envidia está flaca, porque muerde, y no come. Sucédele la lo que al perro que rabia. No hay cosa buena en que no hinque sus dientes, y ninguna cosa buena la entra de los dientes adentro. No hay envidioso que confiese que lo es, y que no se queje de lo que envidia. No quiere ser lo que es, y quiere que los otros sean lo que no son.

Ninguno envidia en otro la virtud: proposicion que sacaré de paradoxa, mostrando la verdad manifiesta. Envidian al virtuoso, no la virtud. Envidianle la alabanza que le dan, la paz de que goza, el crédito que tiene, y el respeto que le tienen. Envidian riquezas, y hermosura; mas ninguno envidia al mar los tesoros que anega, ni á los montes los que sepultan, ni al sol la belleza que derrama, ni á las estrellas la que centellean. Empero no es moderacion, ni modestia de envidia el no envidiar su hermosura al dia, y sus tesoros al Oceano, quando envidia re-

me-

medios desaliñados de belleza en otro, y atomos de oro en un mendigo. No es, como dixé, moderacion, sino malicia, pues solo no los envidian porque los montes, el sol, y los mares son cosas que no pueden afligirse de que los envidien.

Muchos hombres hay envidiados de otros, y muchos que envidian á otros, y muchos mas que se envidian á sí mismos. Parece esta envidia nuevamente hallada, y es la mas antigua. No la vemos, porque está en nosotros. Dime, hombre, que estrañas esta doctrina, qué instante vives, sin que los apetitos del cuerpo no te envidien las virtudes del alma, los gustos de la tierra, los gozos del Cielo, los pecados de tu flaqueza, los méritos de tu espíritu? Segun esto, tú propio en tí solo eres envidiado, y envidioso. El Apostol dixo que el espíritu militaba contra la carne, y la carne contra el espíritu. Luego tú, que eres compuesto de estas dos cosas, eres una perpetua milicia, y tu combate continuo campo de batalla. Eres dichoso, si en tí vence la mejor parte.

Poco he dicho en decir que el hombre es envidioso de sí mismo. Oso afirmar que todo el hombre está compuesto de envidias. No tiene el hombre

Tom. II.

sentido que no envidie á los otros sentidos. No tiene miembro que no sea envidiado de los otros miembros. No nos detengamos en lo material del cuerpo. No tiene potencia que no envidie á las otras potencias. Yo lo verificaré por su órden.

Quién encarecerá la envidia que tienen los ojos, y la vista del luxurioso á los demás sentidos? Pecado indigno solamente de sentido diáfano, y resplandeciente, que en el cuerpo humano con la luz parece que solo desmiente la ceniza, y el polvo mortal: que en la noche de nuestra corrupcion tiene presunciones de Cielo: que en tanta tiniebla de tierra hace oficio de dia: que por su belleza parece mas de casta del alma, que de cuerpo. O qué indigna mancha es la envidia en tan noble parte, que por su esplendor mas parece constelacion que sentido, en quien parece que juntamente se vé el alma quando con él vé el cuerpo! Considerémos sus distraimientos en el luxurioso. Por satisfacer este á sus ojos disipa su patrimonio á los demás sentidos: no se viste por ataviar su pecado: no come por alimentar su perdicion: no oye su enmienda, y su remedio, por atender á su desvario:

X

no

no toca, ni trata. lo que le habia de guiar, y gasta su tacto en lo que le atormenta, y despeña. No tiene olfato para la hediondez de su culpa: todos sus sentidos despoja, y pone en esclavitud la envidia desordenada de sus ojos.

Pues considera el oido, que en la eminencia del edificio del hombre tiene su órgano, compitiendo el sitio á los ojos en la cabeza, palacio en la corte del discurso racional: camino retorcido, y paso al comercio del entendimiento: locutorio angosto en las clausuras del alma retirada. Mira en él, vano, y presumido, con cuánta envidia tyraniza sus legítimas á los demás sentidos. Atiende al ambicioso, y vano, y verás que porque sus oídos, glotonas de alabanzas, lisonjas, y adulaciones, se embriaguen en un ahito perpetuo de esta vianda contra los ojos, no puede vér sino al cauteloso que lo lisonjea, al astuto que lo adula, al mentiroso que lo alaba: que para pagar mentiras, y falsos testimonios se empobrece, y desnuda: que por dar de comer al que lo engaña, y desvanece, no come: que gasta lo que tiene porque le digan lo que no tiene: que porque le digan que es lo que él sabe que no es, y lo que el que se lo dice sabe

que no quiere ser, dexa de ser lo que es, y lo que debía ser. Este no vé lo que mira. Este no huele en la vanidad de la adulacion el humo del engaño. Este en la golosina de la lisonja no gusta el acibar del peligro. Este en lo blando de la mentira no toca lo áspero de la perdicion; y hace que la vista, el gusto, el olfato, y el tacto sirvan violentamente á la envidia del oido.

Si esto osas considerar en los Príncipes, colmarás de congojas tu consideracion. No hay en la Universidad del mundo cosa peor abatida, y ahitada, y peor asistida que la oreja del Príncipe: no la Libya con sus venenos animados: no la Telesalia con sus hierbas, malicia de la muerte: no el Africa con el horror de sus fieras. Estos en los desiertos, y las montañas tienen ociosa su malicia, sin exercicio su muerte, y sin culpa su veneno. Advierte empero, que todo el tráfago de los soberbios, de los envidiosos, de los tyranos, de los impíos, de los crueles, de los hipócritas, no sale de la oreja del Príncipe: que quando por su bondad no la inficionan, la embarazan, la dificultan, y hacen temerosa con grande riesgo del Monarca; pues si bien le es facil no dexar que

todos pasen de su oido, casi le es imposible echarlos de su oido á todos. Poco caso hace la maña de los que sitian las Coronas de la libertad, y desembrasado de sus ojos, del desahogo de su olfato, del apetito de su boca, del exercicio de sus manos. Déxanle estos quatro sentidos desembarazados, porque embarazado en estos, les dexa desembarazada la oreja. Y si se ha decir todo, su envidia no le dexa algun sentido, pues por ella le cierran los ojos, le usurpan el gusto, le estragan el olfato, y le atan las manos.

La propia envidia se verifica en el gusto de la boca del gloton, no menos vil, y mas bestial, y asquerosa. Este se bebe la vista, se come sus manos, se traga sus vestidos, y su patrimonio. No come para vivir; vive para comer, y muere porque come, y las mas veces comiendo. Nació para consumir las cosechas, para agotar las vendimias. Este embriaga su olfato, aprisiona sus pies, y sus manos con la gota vengadora de los brindis: restituye en lágrimas vergonzosas por los ojos las bodegas que enjuga.

La misma envidia no menos disfamados tiene á los demás sentidos: el tacto en las manos del jugador, y del ho-

micida: el olfato en el afeminadamente delicioso, que afecta disimular la corrupcion de su cuerpo, y quiere mas oler á carbon disimulado en aromas, á embelecicos del cerebro destilados en aguas, y á vómito precioso del mas fiero monstruo del mar, que á hombre, sin vér que presto olerá mal á los hombres; y que despojados los demás sentidos, por presumir de una mentira, que en tanto que los demás tuvieren olfato, no puede ser verdad, ni desconocida. Dime hombre, qué día no padecen por esta razon unos sentidos todos envidia de los otros, ó uno de todos, ó todos de uno? No tiene esta disension medicina, si no los haces á servir todos en la obediencia de la Ley de Dios; que entónces, considerados, cada uno asiste al otro, y todos á tí.

Llegado hemos á la envidia sediciosa, que amotina todos miembros, unos contra otros, en discordia rebelde. Mira en la envidia de tu cabello (que por espléndido que sea, no puede disculparse de excremento) el cuidado en que pone á tu cabeza la presuncion con que está encima de ella, y el trabajo que dá á tus manos su composicion, ó alíeno. Nota en las manos del jugador, y del ho-

cabeza ponen á tus ojos, á tu boca, á tus manos, y á tus pies. Quántas peregrinaciones debe la curiosidad de tus ojos á tus pasos: cuántos riesgos debe tu cabeza á los pasos de tus pies: cuántos peligros todo tu cuerpo á las palabras de tu boca: cuántas enfermedades á tu estómago las demasías de tu garganta; y cuántos temblores, y sustos á tu corazon el arrojamiento de tus manos! Si eres gloton, andas desnudo por comer: si eres galán, no comes por vestirse: si eres soberbio, no hay miembro que no aventuras por vengarte, ó por despreciar á los otros: si eres jugador, tus manos te disipan todos; y si luxurioso, tus ojos. Segun esto, tú eres una poblacion de envidias, que vives, y padeces.

Hasta aquí no pasa de la corteza la envidia: yo te la hallaré en lo mas interior, habitando las potencias de tu alma, que son memoria, entendimiento, y voluntad. Esta envidia es eterna, y facinerosa contra la salvacion. Prevente.

No solamente estas potencias son envidiosas unas de otras, sino de sí mismas. La memoria de lo que es un hombre, y no de lo que no era, ni de lo que dexará de ser, mas es olvido que memoria. S. Pe-

dro Chrysólogo acusa gravemente la envidia de esta memoria, que se hace olvido, y la llama causa del mayor desatino del alma en el sermón 101. *Hombre, dice, tú no te viste quando Dios te amasaba polvo; pues si te vieras hacer, no lloraras verte morir. Vístete perfecto, vístete viviente, vístete hermoso, semejante á tu autor te viste. No sabias de qué eras, y cuál eras, porque ni te viste nacer, ni morir. Por esto á la naturaleza lo diste todo, á tí mismo á tí, y á Dios nada.* Vés la envidia de tu memoria en querer acordarte de lo que oyó para tu remedio, sabiendo que tus ojos no lo pudieron vér? Nota para tu desengaño cuántas envidias amontonó con la suya. Envidió á la naturaleza, con dárselo todo, los premios de la gracia. Envidióte los premios de la gloria, con hacer que te diceses tú á tí mismo; pues por estas dádivas descaminadas quedaste pobre de tí para dar á Dios algo, á quien te debías todo. Envidió á tu entendimiento el reconocerse, y á tu voluntad elegir lo mejor.

La propia envidia se tiene el entendimiento á sí propio muchas veces: quando se dá por desentendido de lo que solo debía entender: quando asis-

te

te á las noticias pasadas, con que la memoria lo divierte, y no á los escarmientos, y advertencia con que le amonesta: quando gasta su atencion el entendimiento en lo que sucedió, para ostentarse erudito, y no en las causas por que sucedió, y para qué, con que pudiera ser acertado: quando quiere ser mas docto que aprovechado. Entendimiento que se detiene solamente en la narracion de la memoria, mas se muestra memoria que entendimiento. Esto envidia es que tiene al oficio de la memoria. Entendimiento que no entiene sino lo que quiere entender, y no lo que debe, antes es voluntad que entendimiento. El confiesa la envidia que tiene al ministerio de la voluntad.

La voluntad con mas encarecido perdimiento se envidia á sí, y á las otras potencias. Ella con su culpa es culpa, y pena de las demás. No la escusa el querer el mal debaxo de razon de bien, despues que la Ley evangélica con sus preceptos quitó al bien el rebozo del mal. Dexar el bien que está encima del mal, y buscar el mal que yace debaxo del bien, es delito, y rodeo. No es bien perfecto el que sirve de máscara al mal. Bien que anda con malas compa-

Tom. II.

ñas, á nadie acompañará bien. No es bien el mal que parece bien; antes es mal hipócrita, que para ser peor aia de el ser hipócrita al ser mal. Por la razon que la voluntad debe huir del mal que parece bien, ha de seguir el bien que parece mal. Todo lo hace al rebés la voluntad quando está doliente de envidia, pues con ella se hace las otras dos potencias. A la memoria la convierte en voluntad quantas veces se acuerda de solo lo que quiere, y se olvida de lo que no quiere acordarse; y al entendimiento siempre que entien de lo que quiere, é ignora lo que debe querer. En ella está el acierto del entendimiento. David lo dixo en el Psalmo 1. quando trató del varon justo, y del impio, quando hablando de la voluntad del varon bienaventurado, dice: *T en la ley del Señor, su voluntad, y en su ley meditará de dia, y de noche.* Vés como la voluntad, que hace su oficio estando en la ley del Señor, causa que el entendimiento medite en la ley del Señor de dia, y de noche; y que de esto resulta lo que en otra parte dice el Espíritu Santo quanto á la potencia de la memoria, prometiendole que *en la memoria eterna será el justo?* No pue-

X 3

de

de la memoria alegar que el Espíritu Santo no la advirtió de su ocupacion. Ya dixo: *Acuérdate de tu Criador en los días de tu juventud.* Esto quanto al alma. La Iglesia, viendo que se desentendia, por acordarla de sí la dice: *Memento homo, quia pulvis es.* "Acuérdate, hombre, que eres polvo." Si la memoria te acuerda de tu Criador, que la crió de ceniza á su semejanza, y de sí, que fue ceniza, y la vive, y lo será; y de esto acuerda al entendimiento para que lo medite, y á la voluntad para que ame á su Criador, y se tema, y se desprecie á sí; haciendo su oficio ocasionará que le hagan las demás potencias, y á ellas, y á sí librará de su envidia. Persuadete, hombre, que padeces en tí mas envidias que en los otros: que no solo eres envidiado, y envidioso, sino república de envidias, y que no solo están cerca de tí, y arriadas á tu persona, sino en tu persona, y dentro de tí mismo.

No lo hemos dicho todo. Quién se persuadirá que se sirven los hombres de las propias virtudes para envidiar las virtudes á los hombres? Si los que lo hacen lo ignoran, verifiquemos esta malicia facinerosa, este sacrilegio enconado, y cruel.

La misericordia es virtud muchas veces coronada, es merced enternecida, es un amor materno: la mas amarretada diligencia para el perdón, la medicina mas eficaz, y suave para nuestras dolencias, de quien nuestra voluntad usa sin consentimiento á veces de la justicia. Esta queremos todos para los otros, y pocos para sí. Aquella queremos todos para nosotros mismos, y no para los demás. Atiende ahora, ó tú que pretendes informarte con util verdad, á la sagacidad hipócrita con que el envidioso, enmascarado de piedad, viéndose á su amigo en trabajo, y pobreza, empieza la mormuración envidiosa por la aparente misericordia, diciendo: El corazon me lastima ver á fulano pobre, ó preso; porque aunque es verdad que se ha bebido su hacienda, ó cometido graves delitos viviendo perdidamente, es lástima verle en tanta miseria, y aprieto, y que no se haya sabido gobernar. Y si vé en honra, y prosperidad al que conoció en miseria, arrebozándose de alabanzas caritativas, le lima la prosperidad, y le mancha la honra, diciendo: Gran virtud es la de este buen hombre, que siendo hijo de gente baxa, y

Alavil,

vil, y no ayudado de partes personales, se ha hecho tan buen lugar con su industria.

Y siendo esta envidia tan delgada, aun juega lances mas sutiles, valiéndose de la caridad, y de la limosna. O incomparable maldad, hacer á la limosna, que es el precio de la gracia, y de la salvacion, tramposa de la seguridad del alma; y á la caridad (corona, magestad, y perfeccion de todas las virtudes, como enseña el Apostol) libelo infamatorio del próximo! Sabe el pobremente rico, que su conocido, que es ricamente pobre, padece en secreto, y que con paz tan dichosa como últimas calamidades. Hácese en contradicción con él en parte pública, donde la trompeta que Christo nuestro Señor mandó que no tenga voz, y tenga voz y auditorio. Dale limosna, porque vean se la dá; no por dársela. Dícele sus miserias, porque las sepan los que no las saben. Con lo que le dá mas lo afrenta que lo socorre. No le saca de pobreza, sino á la vergüenza.

Otro camino menos conocido, y mas dañoso frecuenta la envidia en los palacios, y puestos. De las alabanzas mayores se vale para derribar á los mayores: zancadilla que los

maladvertidos tienen por apersonales, se ha hecho tan buen lugar que la contrastan. Para malquistar á uno no hay envidia mas bien lograda que alabarle mucho. Esta es envidia que engendra envidia: en los Principes capital; en los demás sediciosa. Mas privanzas han arruinado las alabanzas que las acusaciones. Quien alaba en presencia del Rey á su Valido, quanto mas lo alaba, lo contrasta mas, porque produce la envidia donde no puede ser evitada, y la presuncion del alabado acredita su persecucion.

Los discípulos de la fortuna han aprendido otro género de envidia de sus locuras, mas pernicioso, y executiva que las referidas. Estas es honrar, adelantar, y enriquecer. O gran Dios! con cuánta sangre está formidable la experiencia de la envidia de la honra! La honra es la mas poderosa munición de la envidia. No hay otro medio para librarse de ella sino despreciarla. Muchos burlaron todas las diligencias de la envidia; que en esto de ser honrados perdieron el seso, el entendimiento, la vida, y á veces el alma. La fortuna á quantos dá honra tiene envidia, y á quantos la niega tiene lástima. Pocos juicios hay á prueba de prosperidades. Hanse visto, y se

X4 vén

vén hombres en la pobreza ricos, en la persecucion alegres, y en el desprecio estimados. Empero pocos se cuentan en la buena fortuna cuerdos. Conoció esta verdad Dario, quando viéndose lleno de victorias, y felicidades no esperadas, exclamó: *O fortuna! contemáte con darme un pequeño mal.* Conoció la treta, y advirtió que fortuna le era envidia, y no liberalidad. A los Reyes mas decente les es ser envidiados que envidiar. Han de temer siempre la envidia de la fortuna, y despreciar la de los hombres. La peor, y mas frecuente envidia que padecen algunos Reyes, es la que se tienen ellos á sí propios. De esta pocas veces se libran, porque ellos la solicitan, y todos se la fomentan, la facilitan, y califican. A nadie duele sino es al bien público. Tal es la envidia, que S. Chrysóstomo, declarando el Texto sagrado de S. Juan, dice: *El ojo del envidioso se derrite con tristeza. El envidioso vive muerte continua.* Y el gran Padre S. Agustín: *Aparte Dios la peste de la envidia de los ánimos de todos. La envidia es vicio diabólico, del qual es reo el demonio; y no solo reo, sino reo sin disculpa. No fue condenado porque cometió adulterio, porque*

robó, porque usurpó la posesion á alguno; sino porque al hombre, que estaba firme, le envidió, luego que él cayó, su firmeza.

Oyganos á Plutarco, porque oygan los redimidos con la Sangre de Christo, cómo detestaron la envidia los Idólatras. Dice que la envidia es solo vicio del hombre, de que no participan los animales brutos. Yo añado que esta verdad tiene excepcion en solo el perro, que á su modo padece envidia, y es envidioso; lo que le pega la compañía de los hombres. Advirtáse la descendencia, y progenitores de la envidia. S. Agustín dice que es vicio propio del demonio: Plutarco, que es solo, y propio del hombre. La consideracion colige que al hombre se le pegó de tratar con el demonio, de oírle, y de responderle. Es epidemia infernal la envidia, y contagio tan dañoso, y venoz, que no solo conviene no ser envidioso, sino tambien no tratar con el que lo es; pues al hombre le derivó del comercio con el demonio, y al perro de la compañía del hombre. Por esto es tan meritorio padecer la envidia, como dañoso tenerla.

Rematen sagradamente mi antídoto á esta peste las sobe-

ra-

ranas plumas de S. Agustín, y de S. Buenaventura. S. Agustín en la enarracion al Psalmo 104. tom. 8. *La envidia es tristeza de la felicidad; agona; y alegría en la agena miseria.* Graduada queda de antipoda de la caridad. Prosigue S. Buenaventura: *Lo tercero, la envidia es semejante al leproso, á Judas el traydor, y al demonio; porque el leproso no queria que nadie estoviese sano, y el diablo que ninguno fuese bueno; por lo que se dixo: La envidia del diablo introduxo en el mundo la muerte. Judas se enristeció por la unioñ de ungiunto en los pies de Christo.* Y poco mas abaxo dice: *La envidia se compara á la nada, porque no se parece al Criador, ni á las criaturas, y carece de todo bien criado.* Quién sabrá ponderar el horror de los envidiosos, pues por serlo ellos todo, y que los otros sean nada, se hacen la nada ellos!

Tratando en presencia del Rey Federico los Médicos de qué cosas aumentaban la vista, y afirmando unos que la eufrasia, otros la celidonia, otros

Nil aliud nisi se valet Ethna cremare:

Sic se non alius invidus ipse cremar.

Invidus invidia comburitur intus, & extra.

No puede arder el Etna

Fuera de sí otra cosa;

Así la envidia á sí se quema sola,

el hinojo; Aecio, sincero, Varon de raro ingenio, y de alta nobleza, dixo: *La cosa que mas aumenta la vista es la envidia.* Riéronse los Filósofos; y Aecio los enmudeció, diciendo: *Puédese negar que la envidia hace vér mas altas, mas numerosas, y mas llenas todas las cosas? Toda es contrariedades la envidia: crece, y aumenta cosas agenas, y para deshacerlas las hace mayores, deshaciéndose á sí misma.* Por esto la envidia es injustísima, y justificada: injustísima, porque es molesta á todos los buenos, y persecucion á todos los bienes; justificada, porque carcome, y atormenta á los que la tienen: es verdugo de sí para serlo de los otros. No hay dientes de fiera tan abominable, ni dentadura asistida de tan buena vianda. No se vén en ella sino sangre de virtuosos, pedazos de honras, desgarros, y bocados de virtudes. Tal es, que el mas sagrado mantenimiento la hace peor estómago, y lo bueno la enferma. Con felicidad la comparó un Poeta al Etna, *Non*

*Y no á los otros: arde el envidioso
Con la envidia interior y exteriormente.*

No se contenta la envidia con ser mala en todo, en todos, y en sí: también herética, y condenada se introduce en la predicacion de Jesu-Christo crucificado. Esto enseña S. Pablo (Philippens. i. v. 6.): *Quidam propter invidiam, & contentionem; quidam autem & propter bonam voluntatem predicant Christum.* "Algunos por envidia, y contencion: algunos tambien por buena voluntad predicán á Christo." No pudo la envidia crecer mas su insolencia. Dolorosamente se verifica este sacrilegio. Quien predica la doctrina evangélica de Christo, profanándola con galas de eloquencia facinerosa, y la dispone al halago del oido doliente, y no á la enmienda; este por envidia, y contencion predica á Christo. Aquel que con espíritu esclavo, y comprado, por adornar la conciencia en el poderoso, y arrullarle el sueño mortal en que yace sepultado, trastorna con palabras juglares el rigor de las sentencias sagradas, y violenta con entendimiento tyrano la verdad provechosa de los Padres; por contencion, y envidia predica á Christo. Quien solo estudia lo que no ha de decir por no disgustar, y nunca estu-

dia lo que debe decir por agradecer, envidiosa predicacion de las almas profesa. Quien pretende la mitra con la adulacion de su doctrina, la envidia al martirio, y al rigor apostólico que ella busca. Aquel monedero falso de textos, falsificador de doctrinas, que con novedades sediciosas viste la predicacion de trages idólatras, y hereges, por contencion, y envidia predica á Christo: comprehendido es en la advertencia del Apostol. Este postrero delito de la envidia es el mas pernicioso: yo acabo con él, porque él acaba con todo.

Y siendo tan varia, tan introducida, tan multiplicada la envidia, su remedio es uno, es facil, y es util. Quieres no ser envidioso? pues tén tanto contentamiento de los bienes ajenos como de los propios: tanta misericordia de las calamidades de los otros como de las tuyas. Qué cosa mas facil, ni mas util que tener contentamiento en lo que tienes, y en lo que tienen los demás! Qué cosa mas facil que persuadirte á tí la alegría que deseas! Qué cosa mas util que no hacer verdugos de tus bienes los bienes de tus conocidos: hacer disculpa de los trabajos ajenos los pro-

pios, y méritos de los propios los ajenos! Si estás contento con las felicidades de los otros, las haces tuyas: esto logro es. Si las envidias, haces malaventuradas tus dichas; lo que es miseria. Si miserable te alegras de la calamidad ajena, añades al ser miserable el merecerlo ser por delinquiente. Si te apiadas, te acompañas, que es género de consuelo.

Afirmo con novedad católica, que reconociendo á la envidia por origen de todos los pecados, la suma bondad, é inmensa sabiduría de Dios con todos los preceptos del Decálogo quiso que sus Mandamientos uno por uno fuesen su medicina. *Amarás á Dios sobre todas las cosas*, expresamente se opone á todas las cosas que son envidia de la gloria, y Bienaventuranza que solo tienes en tu Criador, y te quieren apartar de él. *Amar al próximo, como á tí mismo*, te estorva todas las envidias de hacienda, de honras, de puestos; de deley-

tes, de venganzas, de adulaciones, de odios, y de homicidios: de manera, que los diez Mandamientos de la Ley de Dios son otras tantas medicinas preservativas de esta peste mortal. Que sean remedios fáciles, y suaves, como dixe, conoceráslo en que en todos ellos se manda que hagas todo lo que para la salud, y paz de tu cuerpo, y alma desean todos los hombres. Y no hay, ni puede haber ninguno tan malo, que por su comodidad no desee que el otro no sea homicida por asegurar su vida, que no sea ladrón por asegurar sus bienes, que no sea luxurioso por asegurar su familia, que no levente falsos testimonios por asegurar su honra, que no mienta por asegurar su noticia, y su confianza. Pues dime, á quién no es facil, y suave, si lo considera, ser como desea que sean todos? Y en general cosa mas injusta, que no querer por la envidia ser envidioso, queriendo que lo sean todos?

INGRATITUD.

SEGUNDA PESTE DEL MUNDO.

Q Uál hombre escribirá contra la ingratitud, que acordándose de Dios no

escriba contra sí propio? O afrentosa culpa de la razon humana, que entre todas las cria-

criaturas solo el hombre, que es la mejor, sea ingrata á Dios! Y no solo le es, y fue ingrata como á Criador, sino aun mas ensangrentada y cruelmente como á Redentor. Olvidóle en la creacion, y desprecióle en la redencion este ingrato con villanía sacrilega en el Sacramento, que se llama bien de la gracia, con el nombre de Eucaristía.

Que todas las otras criaturas á su modo, y con su sér (digámoslo así) le sean agradecidas en todas sus acciones, se vé en todas las edades de la vida del mundo. Los Cielos siempre cuentan sus glorias, siempre le son obedientes. No se ha visto motin de alguna luz fija, ó errante de los Orbes. Nunca discreparon de la luz que les puso quien las encendió en hermosura tan grande, y tan admirable con su palabra. Si para que verciese su Capitan, quiso que el Monarca de los fuegos celestiales se parase, alargando la vida al día: luego clavó su inmensa velocidad en su obediencia. Si para señal de su promesa en Achaz, convino desandar sus jornadas irrevocables: luego se volvió los grados prefixos al Oriente, repitiendo su infancia, haciendo desdecir de sus señales las sombras en

el reloj del Rey obstinado. Ya el fuego se fabricó en columna, y para encaminar el Pueblo de Dios, substituyó el día en las tinieblas del desierto. El viento fue cazador de su mismo Pueblo: hoviendo codornices. En el maná quitó á las condutas de Moysen en un manjar todos los sinsabores. Las peñas al golpe de su vara se derritieron líquidas en fuentes: las aguas en el mar arrollaron sus olas en pretilles diáfanos, y enjugaron en vereda sus golfos. Tal reconocimiento tuvieron en el Viejo Testamento; y en el Nuevo se encendieron en tiniezas. El Cielo llovió Coros de Angeles sobre el pesebre de Christo. Despachó estrella nunca vista, ni ocupada en humano ministerio, á conducir los Reyes, y los misteriosos tesoros. El agua en las bodas del Arquitrículo volvió en vendimias los cántaros, mudándolos en vino. El mar pacificó con su palabra sus borrascas, y á sus pies se fixó en llanura. La muerte aprendió á restituir sus despojos por su mandamiento. La enfermedad en su palabra no aguardó la solicitud de otra medicina. La salud se introducia en la desesperacion de las dolencias: del ruedo de su vestidura sacaba el tacto remedio. El agua destilada en lágrimas

re-

renovó las almas. Los demonios se confesaron vencidos. Sus palabras militaron en el prendimiento. En su muerte el ayre clamoró con suspiros. El día en su juventud se vió noche. El sol se ennegreció con luto, en que no tuvo parte la luna. La tierra con el terremoto arrojó de los sepulcros sus muertos, y rasgó en los sepulcros los montes. Las piedras batallaron hasta romperse unas con otras. Y todas estas demostraciones de agradecimiento irracional hicieron por la ingratitud que cometia el hombre con el Señor que le crió para señor de todas ellas, y que murió por él.

Pues en el tercero beneficio del Santísimo Sacramento no fue menor, sino mas misterioso el agradecimiento de las criaturas. El pan dexó de ser, y sus accidentes se mantuvieron sin substancia de pan, calificadas en velo del Cuerpo verdadero de Christo. El vino en competencia del agua, que en el convite de Caná se volvió en vino, en este se vuelve en sangre. La ausencia perdió sus distancias, y apartamiento, quedándose el mismo que se iba. Qué hizo el hombre? Judas lo dirá, que le comulgó para venderle: que habiéndosele entrado Satanás en

el corazon, se atrevió á recibirle en su boca. Todas estas maravillas, y demostraciones son dura reprehension para el hombre, y rigurosa advertencia de que entre todas las criaturas quien menos debía ser ingrato á Dios, le es ingrato solamente.

He querido empezar antes por la doctrina que por la definición del desagradecimiento. No es menester definir lo que todos somos cada instante; mas por cumplir con el órden dialéctico lo definiré. Ingrato es quien no conoce el beneficio que recibe, quien le desprecia, quien le olvida, y quien le acusa. Por todas estas cosas es un hombre ingrato. Lilio Gregorio Ritaldo Ferrariense, hombre docto, en su libro que intitula *Contra los ingratos*, dice: *Al qual vicio, porque le juzgaron execrable, y abominable aquellos nuestros antiguos latinos, ni nombre le pusieron. Quando lo vuelvas todo, no ballarás como llamaron los latinos la Acharistia; porque lo que algunos de este tiempo llaman ingratitud, y algunos doctos ahora usurpan por lo mismo, los mas eruditos afirman que no es palabra latina. Así lo advierte el doctísimo Maestro Barrientos en su Lima barbarici, advirtiendo que por este defecto huyó tan-*

to

to Ciceron la traduccion de esta voz, que antes quiso en latin escribir Griego que mal latin , lib. 9. epist. 7. ad Attic. *Sed ita meruisse illum de me puto, ut crimen subire non audeam.* Y por escusar la mala palabra, en el mismo libro 9. epist. 2. *Sed quia ingrati animi crimen borreo.* Cierito es que la palabra *ingratitude* es mal latin ; mas no sin mysterio los latinos pusieron nombre al ingrato, y no al vicio. A mi vér quisieron enseñar que este vicio es el hombre, que es vicioso, y vicio. Por esta razon, ya probada brevemente, y definida, diremos: Ingratitud es hombre, y el hombre república de ingraticudes, y la república poblacion de ingratos, como lo probaré en sus lugares. Para que admitamos la palabra *ingraticudo*, basta que la use Santo Thomas, y los Escolásticos, á quien se debe seguir.

Escribió contra la ingraticud Juan Antonio Campano tres libros doctos, y de sólida erudicion ; empero , arrimándome en todo lo substancial á las Santas , y sagradas Escrituras, seguiré mas seguro camino.

He asegurado el nombre de los ingratos, y difinido: resta dar sus señas, y retratarlos con las palabras del Eclesiás.

tico, hijo de Sirach, cap. 29. *Donec accipiant, osculantur manus dantis, & in promissionibus humilant vocem suam: & in tempore redditionis postulabit tempus, & loquetur verba tædii & murmurationum, & tempus causabitur. Si autem poterit reddere, adversabitur, soliti vix reddet dimidium, & computabit illud quasi inventionem: sin autem, fraudabit illum pecunia sua, & possidebit illum inimicum gratis: & convitia & maledicta reddet illi, & pro honore & beneficio reddet illi contumeliam.* No los perdonó el sagrado pincel facion, ni seña, ni sombra, ni semblante, ni ceremonia. Qué parecido retrato es de muchos hombres de diferentes caras! *La primera señal es que besan la mano al que dá mientras reciben. La segunda, que en los prometi-mientos humillan su voz.* Estos besan la dádiva, no la mano, pues no la besan sino mientras dá: antes la muerden que la besan. *Prometen con humildad para recibir con soberbia.* Bien lo muestra el retrato en lo que hacen, pues dicen que *quando llega el tiempo de la paga piden tiempo*, no por pagar, sino por pedir: *Y hablan palabras de enfado, y de murmuraciones.* No se dirá de este retrato que no le falta sino ha-

blar,

blar, pues habla. *Trampean el tiempo:* esto es, por hurtar lo mas precioso, y de todas maneras en el oro, y en los beneficios lo que no quieren volver, y en el tiempo lo que no pueden volver. *Dicen que aunque te puedan pagar, lo rebusarán de lo que recibió: quando pague, pagará apenas la mitad, y lo tendrá por dádiva que hace, no por paga que debia;* que es peor ingraticud que negarlo todo, pues haciendo del beneficio ageno robo, cuenta su robo por beneficio. *Empero si le negare quanto le dió, será su enemigo de valde.* El mundo se divide en padecer esto, y en hacerlo. Conozco muchos, y lo padecen con muchos. Recibir mercedes, beneficios, y socorros, y ser enemigos del que los hizo, es pretender, es negociar, es ser cortesano: dí-gase mas universalmente, es vivir en el mundo. *Págase con afrentas, y maldiciones, y por el beneficio, y la honra le dá infamia.* Aquí se conoce quién son los ingratos, que en ellos el bien se vuelve mal, la honra afrenta, y el beneficio enemistad. No hay fiera tan abominable en el mundo, que trueque naturaleza con ellos. Todos agradecen el moderado agasajo, y para el reconocimiento remedan la razon. Fie-

risimo es el leon, y el sacarle una espina de un pie pagó liberalísimo con dar la vida al que se la sacó. Mas horrendo animal es la serpiente, parto de veneno de la tierra, y ella veneno animado. Ya se vió un aspid (asi lo escribe en su Oficina histórica Juan Felice Asoltoli de Juan Rabisio) que doméstico, y á modo de perrillo, acudia en una casa á las horas de comer, y se alimentaba con familiaridad pacífica, y entretenia á los dueños. Succedió, que estando comiendo un dia, parió debaxo de la mesa, y un hijo suyo picó en un pie á un niño de la casa; y de tal suerte se enfureció, que arremetió á su propio hijuelo, y lo mató, y se fue, y no volvió mas. O, si así puede decirse, suma honra de aspid, que en afrenta de todos los hombres, pudiendo volver, y ser mejor recibida de los dueños de la casa por agradecida despues que antes por mansa, de afrentada de haber parido (aunque aspid) un hijo desagradecido al beneficio, se escondió! Pudo esto ser verdad; y quando no lo fuese, grande afrenta es para el hombre desagradecido que se inventase en un aspid, para creído, lo que de él no se podia esperar. Y es mas facil, y mas conforme á razon creer

creer que una serpiente aborrezca la ingratitud, que creer que un hombre racional, hecho á imagen, y semejanza de Dios, la ame; y pues esto veo, aquello creeré. Socórreme con alta consideracion el Salmo 90. en el vers. 13. *Sobre el aspid, y el basilisco pasearás, y pisarás el leon, y el dragon.* Literalmente nombra el Salmo las dos fieras mas brutas, de quien yo referí los dos exemplos de agradecimiento: leon, y aspid. Así llaman estas palabras toda la fuerza, y atencion de la consideracion humana. El Espíritu Santo en el lugar citado del Ecclesiast. dice, que el hombre, aun dexándose pisar, y acocer del ingrato, padecerá su veneno. Y en el Salmo por David dice, que podrá pasear sobre el aspid, sin temer su ponzoña; y acocer al leon sin padecer sus garras.

Pretensiones tiene en muchas plumas doctas la ingratitud de preceder á la envidia. Presumo que es primero ser ingrato que envidioso; y aquí la ingratitud se exercita negando el origen que le dá la envidia, por ser juntamente ingratitud, y ingrata. No se puede negar que es primero envidiar el bien que recibirle; y por esto recibirle, y desconocerle

es parto del envidiarle. Luego la envidia, que es madre de la ingratitud, incestuosamente en la ingratitud, que es su hija, engendra todos los vicios, y pecados: descendencia numerosa como bastarda, y vil, infamada en propia generacion. Y no me atreveré á determinar si la envidia es peor por sí que por madre de la ingratitud. Diré empero que la envidia se atormenta con la virtud, y con el bien; mas la ingratitud atormenta al bien y la virtud. A la envidia la pesa de los beneficios que otro goza. La ingratitud hace que los beneficios que recibe sean afliccion, y pesar de quien se los dá y concede. Ella es tan abominable, que conviene mas guardarnos de ser ingratos, que de los que son ingratos. Quanto es mejor, por mas meritorio, padecer en otro el martirio por nuestra virtud, que ser martirio de la virtud de otro?

El refran Castellano, que dice: *Haz bien, y no cates á quien: haz mal, y guárdate,* por el primero consejo es necio, y por el segundo necio, é impio. Condena el primero el Espíritu Santo con estas palabras: *Si benefeceris, scito cui feceris, & erit gratia multa in bonis tuis.* " Si haces bien, mira á quien, y ten- drás

drás mucha felicidad en tus cosas." Yá el Texto del Ecclesiástico enseñó que el hacer bien, y los beneficios acarrear enemistad, y afrenta. No dice que no haga bien; sino que lo haga mirando á quien. Bien se verifica esto, y frecuentemente en lo político. El ruin en honra siempre fue acusacion, y ruina del que le puso en ello. Muchos grandes Ministros he visto yo en mis dias condenados por los que pusieron en puestos, y por las mismas cosas que los aconsejaron que hiciesen: puede ser que para tener que acusarlos por habérselas hecho. Tambien diéta la caridad que se ha de mirar á quien se hace bien, por no hacerle mal. Hay muchos que siendo pobres merecen ser ricos, y en siendo ricos merecen ser pobres: muchos que despreciados, y oscuros se muestran beneméritos de las dignidades, y honras, y en alcanzándolas son reos afrentosamente de las honras, y dignidades; y es causa de esto, que los dieron lo que les faltaba para poder ser lo que dexaban de ser, por que no podian. El que á estos tales niega lo que le piden, es liberal con lo que niega, y bienhechor de aquellos á quien no concede el beneficio; y por la propia razon

Tom. II.

el que se le dá es justamente ingrato á sí, y al que le recibe.

La segunda parte del refran condena todo el Decálogo, toda la Ley de Jesu-Christo, y toda la Iglesia. *Haz mal,* es precepto del demonio: es decir que haga lo que él hace. Esta cláusula es impiamente facinerosa. La necesidad es añadir al consejo *haz mal, el guárdate;* no debiendo decir: *Haz mal, y guárdate;* sino: *Guárdate de hacer mal.* Porque hacer mal, y guárdarse es imposible, siendo así que se pierde en haciéndole. Puede el malhechor guardarse con dificultad del ofendido, y casi no puede de la Justicia. Es imposible que se guarde del verdugo: del verdugo, digo, invisible de la conciencia, y de la culpa, cuyo castigo, y pena está por cuenta del Tribunal de Dios, donde el oro no tiene valor, ni la dádiva estima, ni la negociacion poderosa voz. La santa Iglesia sola subministra medios que en aquel Tribunal, y juicio hacen efectivo el alegato de nuestra defensa, y señala arrepentimiento, satisfaccion, perdon de la parte, sufragos, indulgencias, intercesion de los Santos, para alcanzar gracias que encaminen á estos medios. De manera que para no ser ingrato, dando, ó

Y ne-

negando, haciendo, ú dexando de hacer, no se ha de hacer mal; y se ha de hacer bien, mirando á quién se hace, por no hacerle mal, y malo con el bien.

Conviene por esto para ser verdaderamente agradecidos, y para no ser ingratos, conocer quáles son bienes verdaderos, y quáles aparentes: el mal que se disimula en algunos bienes, y el bien que yace secreto en algunos males: la felicidad que encierran las desdichas, y las desdichas que ocultan las felicidades. Por ignorar esto muchas veces, ingratos á nuestro provecho, agradecemos los males; y agradecidos á nuestro mal, somos ingratos en él á nuestros bienes. Beneficios universales son la enseñanza, el buen exemplo, y la reprehension, y advertencia; porque estos enmiendan las costumbres, mejoran la mente, y disponen al entendimiento para lograr los beneficios particulares, y la conciencia para lograrlos, recibiendo los, ó dándolos. Estos beneficios pocas veces, y en pocos se oyen con este nombre. La enseñanza se aborrece por prolixa á persuasión de la presunción propia. El exemplo se desprecia por impertinente á persuasión de las interpretaciones del gusto. La reprehension se abomina

por injuriosa: la advertencia por entremetida. Veis aquí cómo los malos en su vocabulario mudan los nombres á las virtudes, en el qual antes las infaman que las nombran.

Ello es cierto que solo son bienes, y beneficios los que enriquecen el alma, y disponen al cuerpo á la obediencia del espíritu. Son eternos: no se pueden perder, ni pueden ser robados del ladrón, ni del usurero: ni el fuego los halla, ni la edad los gasta, ni los embarga la muerte, ni los cierra la sepultura.

Séneca dice que ni las riquezas, ni las honras son beneficios, sino señales visibles, por donde se conocen los beneficios; los quales están radicalmente en la intención del que los dá. En esta materia mejor es remitirme á Séneca, que desaliñar su doctrina con mis palabras. Solo añadiré que no puede ser beneficio, aunque lo agradezca el que lo recibe, aquella dádiva que sirve al apetito, ó al pecado. Agradece el vengativo que le encaminen á su puñal su contrario: el luxurioso que le faciliten el adulterio: el envidioso que le crean la calumnia, y la acusación: el ambicioso que concedan á su soberbia los premios de los mé-

ri-

ritos. Estos tan ingratos son á su conciencia en lo que reciben, como los otros en lo que dán; y con todo, este es el agradecimiento que mas se gasta en el mundo, el mas corriente, y el que anda en mejor hábito, y mas espléndidamente acompañado. Discurramos en las malas costumbres de la ingratitud. En ella hallaremos todos los pecados mortales, y á ella en todos ellos. Es soberbia, por ser una de sus principales causas el amor propio. Es envidia, porque consta del aborrecimiento del próximo. Es avaricia de la misma avaricia, pues lo es de los bienes propios, y de los agenos, de lo que tiene, y de lo que otros tienen. Es homicida en el hijo, deseando la muerte al padre por la herencia: en el hermano contra el hermano: en el amigo contra el amigo por la manda. Es ira rabiosa, nacida del beneficio contra el bienhechor. Es el ingrato el peor de los ladrones: él solo halló modo de añadir abominación á la infamia del robo. El ladrón es aborrecido del robado: el ingrato aborrece al que roba. El robado persigue al ladrón: el ingrato persigue al que robó. El ladrón hurta lo que le niegan, y le esconden: el ingrato hurta lo que le dán, y lo

que pide, y recibe. Del ladrón se guardan todos: del ingrato pocos. Aquel para robar se vale del descuido del dueño de lo que hurta: este se vale de la piedad, y magnificencia del que le dá lo que pide. El ingrato es luxurioso, y la luxuria es toda ingratitud á la propia vida, á la salud, á la hacienda, al sosiego, y á la honra. Tal es la ingratitud, que á la luxuria la hace facinerosa, homicida, y ladrona. El adulterio, el estupro, y el incesto, quién se le dicta á la luxuria, sino la ingratitud contra el marido que le admitió en su casa, contra la parienta, contra la doncella que se fió del ingrato? Al pecado de la luxuria la ingratitud le añade los gravámenes nefandos, las circunstancias detestables.

Verifiquemos esto en el cuidado que Satanás tuvo de introducir la ingratitud en el mundo, y en el que tiene de conservarla en él para destruirle. El demonio, que sabia que siendo Angel la ingratitud le habia hecho diablo, la tomó por eficaz remedio, y experimentado para hacer demonio al hombre. Quién ignora que el pecado de Adán, y de Eva fue ingratitud? Desde entonces la dádiva se confesó inductora de la ingratitud. Va-

Y 2

lib-

lióse de ella el demonio, dióla que comiese: la fruta del árbol vedado, tomóla Eva, y Eva persuadió á Adán. Dióles Dios licencia que comiesen de todos los árboles del Paraíso: exceptuóles uno, y perdieron aquel, y todos los demás por uno solo. Esta fue ingratitud á Dios, y á sí, y para todos la primera, y la mayor. Acababan de amanecer en las manos de Dios la mejor criatura para reynar en todas las demás, y al instante con ingratitud suma aceptaron el ser semejantes á Dios. Ninguno después acá del Angel que se lo ofreció á sí mismo, y del hombre que lo aceptó de la ingratitud, quiso ser á su Señor semejante, que no fuese en la ruina, y caida semejante al que se lo ofreció á sí, diciendo: *Seré semejante al Altísimo*, que fue el propio que le ofreció á los primeros padres. Y para vér la fértil fecundidad de la ingratitud, luego fueron ingratos unos á otros: Eva á la dádiva de la Serpiente, pues la acusó: Adán á Eva, á su dádiva, y á Dios, diciendo: *La muger que tú me diste me engañó*. La ingratitud es mal contagioso, y hereditario. Verificóse en Cain, y Abel. Ofrece Abel sacrificio de sus primicias. Ofrecéle Cain de las suyas. Hace Dios mejor acogi-

da al de Abel que al de Cain; no por lo material del sacrificio que le daba, sino por la intencion con que le ofrecia. Veis que no es el sacrificio, ni la dádiva lo que se ofrece, sino el corazon que le ofrece? Veis en Cain que hay ingratos, dando, y ofreciendo? Hace Dios á Cain hermano mayor. El, ingrato al beneficio de la primogenitura, dá muerte á Abel, porque no contento con ser primero, quiere ser solo. La grandeza, y los puestos superiores, y primeros son la disposicion mas poderosa para inducir á la ingratitud. El hombre desea para sí toda la riqueza, y honra que vé en los otros. En alcanzándola, tiene por infamia el agradecerla. Pretende con engaño lo que no tiene. Recibe con malignidad lo que le dán. Tiene por desdicha el no alcanzarlo, y por afrenta el reconocerlo. El que está en la mayor cumbre, no ha de mirar con tanto cuidado cómo tiene los pies sobre la cabeza del monte, quanto de qué manera tiene la suya sobre sus pies. Quien esto mirare, no caerá, no será ingrato. Cundió la raza de la ingratitud en los sucesores de Adán. Yá se vió en la torre que fabricaron á fuerza de ladrillos, donde de uno en otro te-

merarios quisieron para subir al Cielo introducir en méritos los escalones: no merecerle, sino escalarle. Obligó la ingratitud á que Dios diese licencia á las aguas para anegar la tierra. Esto no es el mayor encañamiento de su iniquidad. Obligó á Dios á que se hiciese hombre: obligóle á que padeciese, y muriese.

Consideremos ahora cómo fueron diferentes el segundo Adán Christo Jesus, y la segunda Eva Maria Sacratísima, que hasta el nombre de Eva le contradixo volviéndole en el de Ave. En Adán fue primero el hombre que la muger. En Christo fue primero la muger que el hombre en quanto hombre. Allí el hombre dió parte de su cuerpo, para que de ella se fabricase la muger. Aquí la muger fabrica de su cuerpo, y en su cuerpo por la obra del Espíritu Santo al hombre Dios en quanto hombre. Adán, de quien sacó Dios materiales para formar la muger, dormia quando para fabricarla le quitó la costilla. La toda santa, y siempre purísima Muger, quando concibió á Christo, segundo Adán, velaba orando. Mirad qué diferentes son en todo los que introduxeron la ingratitud, de los que la castigaron, y satisficieron por ella.

Tom. II.

O si yo mereciese que aquella excelsa pureza, y aquella Virginidad Madre, que coronada de gloria reyna con su Hijo Dios y Hombre sobre los Ejércitos de los Angeles, me dispensase lumbre de sabiduría ardiente, para discurrir mas allá de la miseria, y poquedad de mi talento, y fuera de las tinieblas de mi ignorancia, los misterios de la disposicion de su parto! Yo, llevado de la devocion, y confiado en este ruego, ponderaré algunas cosas, que puede ser haya dexado el Gran Dios á mi ignorancia, para que en todo tiempo se reverencie, y se vea lo que él dixo, que escondió el Padre Eterno muchas cosas á los sabios, que reveló á los pequeños. Y si Christo dió gracias por esto á su Padre, cuáles se las debemos dar á Christo los pequeños por las que dió por nosotros!

Llegó el tiempo de la Encarnacion del Hijo de Dios, en que se desempeñaron los Profetas, cumpliéndose lo prometido en las Semanas. Y siendo el hacer Dios á Maria su Madre la merced mas colmada de Divinidad, envia al Angel Gabriel por su consentimiento. Si Dios para hacer el mayor de los beneficios á su criatura, le pide consentimiento, exemplo

Y 3 es

es que no debe apartarse de la atención de los Reyes de la tierra.

Dios no puede llamarse agradecido, pues no puede recibir beneficio de nadie, y de su mano le reciben todas las cosas. El llueve para los buenos, y los malos, y manda nacer su sol sobre los justos, y los impíos. Toda buena dádiva descende de él: sin él no hay bien, y él es el solo, y el Sumo Bien. Dios como hombre (á nuestro modo de entender, digámoslo así) fue agradecido, de la manera que se puede decir de Dios Hombre. Tuvo Christo pasiones de hombre, porque era Hombre real y verdaderamente. Empero túvolas tan eminentemente, que los Teólogos modernos para diferenciarlas de las nuestras las llaman Propensiones. Tuvo piedad, misericordia, justicia, y todas virtudes; empero Christo no se puede llamar virtuoso, porque este nombre es de aquella naturaleza que obra el bien, venciendo la repugnancia que se lo contradice. Digo, pues, que de la manera que Christo fue caritativo, clemente, piadoso, y justo, siendo la misma caridad, clemencia, piedad, y justicia, fue agradecido. Y en este sentido se entenderá quando yo le llamé agradecido

en alguna obra.

Digo que el Verbo Eterno antes de encarnar en Maria, y antes de ser su Hijo en quanto Hombre, usó con aquella sacratísima Alma, y con aquel purísimo Cuerpo reverencia de Hijo. Ninguna cosa es mas propia á los hijos que para lo que han de hacer pedir el consentimiento á sus padres. Esto hizo Dios, que para encarnar en Maria le pidió el consentimiento para que fuese su Madre. Y tanto se glorificó en ser su Hijo, que antes de serlo por la concepcion, lo quiso parecer en el respeto. Pues cómo? O piedad Christiana! Quien para encarnar en Maria, y habitar en sus entrañas la pidió (digámoslo así) licencia, la daría á la culpa original para que cupiese en ella algun tiempo, algun instante, ni parte de él? Quien la escogió para Madre desde el principio, y antes de los siglos, para satisfacer por el pecado original la preservó por Madre. Para pagar deuda del hombre no convenia hacerse hombre en cuerpo que algun tiempo hubiese sido deudor de la misma culpa. Y por la misma razon que todos pecaron en Adán, no pudo pecar en Adán la Madre del que pagó por todos. Las dificultades que á esto se oponen,

nen, todas las previno, y convalidó el Angel, quando dixo: *Porque no será imposible para Dios toda palabra.* Luce 1. *Quia non erit impossibile apud Deum omne verbum.* Pues si acerca de Dios no será toda palabra imposible, esta palabra: *Concebida sin pecado original,* cómo le dexará de ser, no digo posible, sino toda decente? Lo que no pudo alcanzar la naturaleza humana, ni la mente, fue que Dios se hiciese hombre; y eso creyó la Virgen Maria en diciéndola el Angel que se obraría por el Espíritu Santo. Y dudará alguno que Christo, Hijo de Dios, y Dios verdadero, preservaría totalmente de culpa con santificación especialísima á su Madre? Puede haber mas encarecida miseria, que recatear por un instante la limpieza de la Madre de Dios?

Por Maria murió, como por todos: entiéndese que murió por ella, porque tuvo de ella cuerpo, y ser de hombre para morir. Murió para todos, porque todos comprendidos en el primero pecado le traxeron á la muerte. El privilegio fue que gozase de los méritos de su Pasión libre de culpa. Nació de Maria, murió con Maria al lado, y murió por Maria, como hemos dicho. No

murió la Virgen Madre viendo morir á su Hijo, habiendo muerto otras madres de dolor de ver á sus hijos morir, con ser su amor infinitamente mayor que el de todas: porque como aquella muerte era para matar la muerte, y dár vida á todos, aun de lástima no pudo dár muerte. Yo mostraré que no ha sido digresion esta, y que no me he apartado del discurso de la ingratitude, la que voy mostrando que Christo, y su Madre contradixeron en Adán, y en Eva. Dixo Gabriel: *Ave llena de gracia, el Señor es contigo, bendita entre las mugeres.* Angelo Caninio, Varon doctísimo en las lenguas Orientales, dice que aquella palabra *Llena de gracia,* que el Griego dice *Graciosísima,* en el propio sentido en el Syriaco idioma, que razónó el Angel, se dice así: *Seclan Ceebimariam Malatb, Tabutha.* "Paz á tí Maria llena de gracia: el Señor nuestro sea contigo." Y advierte que aquel *Tha* es relativo, y señalaba persona, que fue lo que obligó á la Virgen á turbarse. Así lo dice el Texto: *La qual como lo oyese, se turbó en las palabras que la decia, é imaginaba qual sería esta salutación.* Parecióle á Angelo Caninio que en la salutación, quan-

do se turbó, no habia relacion particular, que ocasionase la turbacion; empero está en la palabra: *El Señor es contigo*, que la palabra Syra pronuncia *Señor nuestro*. Considera á la Virgen turbada de oírse llamar llena de gracia, y que es bendita entre todas las mugeres, y que el Señor es con ella. Considera, ó hombre, que teme las mayores mercedes, y alabanzas que oyó criatura. Aprende, vilísimo gusano, de esta humildad á turbarte con las alabanzas, y á temer los grandes beneficios.

Oyelos Maria Virgen: turbase, y teme, y pasa (si puede decirse) á dificultarlos con estas palabras: *Cómo se obrará esto, porque yo no conozco varon?* Pregunta que suena duda, siendo el requisito para que se efectúe el ser Madre de Dios. El no conocer varon, esa es la disposicion en aquella Angélica Virginidad, y pureza inefable.

Nota la diferencia de Maria á Eva. Aquella acepta, y cree de la boca de la serpiente el ser como Dios. La siempre Virgen se turba, y teme quando oye del Angel que es llena de gracia, y que el Señor es con ella. Adán, Dios, y su Madre compitiéndose los agradecimientos. Dícela el Angel que

de ella nacerá el Altísimo, que será Madre del Hijo de Dios, que Dios Hombre será su Hijo. Maria, á quien Dios escoge por Madre, agradecida no dice: Yo seré su Madre; sino: Yo soy su esclava: hágase su voluntad. Concibe á Christo Jesus, párele, y recuéstale en un Pesebre. Christo en agradecimiento de la humildad de su Madre llueve Angeles sobre el portal. Dá comision á Estrella embajadora, que trayga Reyes de Oriente para que hagan Corte el pesebre, en que le tiene su Madre en vez de cuna, y para que el portal donde le parió vea de rodillas aquellas Magestades, á quienes todos hablan de rodillas en sus palacios. En el pesebre, adonde acaba de nacer de Madre libre de la culpa, porque viene á morir, nace entre Angeles, y Reyes. En la Cruz, donde le ponen las culpas, y el pecado primero, muere entre delinquentes, y en medio de dos ladrones. Allí, que nace de purísima Madre, le ofrecen la myrra: aquí, que muere por los culpados, y en poder de los ministros impuros, se la dán á beber. Quando nace mueren por él los Inocentes. Quando muere inocente, muere por los culpados. En el Calvario el Cielo se obscu-

re-

rece, anocheciendo, y ocultando el manantial de las luces visibles: en el pesebre inventa el Cielo nuevas luces, y resplandeciente Ministro de fuego. Y pues en todo el segundo, y eterno Adán fue contrario del primero, para serle propicio; como Adán culpó á Eva, Christo *ab initio* disculpó á Maria, quitándola la culpa, que eso es disculpar. Mirad qué agradecimientos estos referidos tan dignos de Dios y Hombre; tan dignos de Madre y Virgen!

Resta enseñar cuánto aborreció Christo la ingratitud. Diérole con las palabras de S. Pedro Chrysólogo en el fin del sermon 48. sobre aquellas del Evangelio: *Y no hizo allí muchos milagros por la incredulidad de aquellas*. Dice el Santo: *No se obra allí milagro donde la incredulidad no lo merece. Si bien quando Christo sana, no pide paga; con todo se indigna quando por la honra que se le debe se le hace injuria*.

Dos cosas se coligen de estas palabras. La una, que la ingratitud obligó á Christo á que no obrase milagros: que fue carecer de la apelacion, que de la limitada virtud de la naturaleza tiene nuestra flaqueza, para la omnipotente virtud de

Dios. Fue carecer de los testimonios de la verdad para creerla. De manera que la ingratitud se quitó en Christo el remedio temporal, y los medios para la salud espiritual. No obró otro algun pecado tales efectos de perdicion. Lo segundo que se colige es, que los Judios fueron á Christo ingratos con todo infernal encapricamiento; pues no solo no conocieron, no confesaron, no creyeron el beneficio, sino que por honra que le debian, le pagaban con injurias. No es enfermedad curable la incredulidad nacida de ingratitud. Esta es, fue, y será la dolencia de los pérfidos Judios. Esta llora sobre todos ellos su Rey David Psalmo 104, donde al principio, para remediar su ingratitud, los exhorta diciendo: *Ingratos, acordaos de sus milagros que hizo, de sus prodigios, y de los juicios de su boca*. Sabía el Santo Rey que como ingratos los habian olvidado: así lo dice prosiguiendo en el Psalmo 105, despues de haber referido inmensos beneficios que Dios los habia hecho: *Olividáronse de sus obras, y no sufrieron su consejo*. Y mas abaxo: *Olividaron á Dios, que los salvó, que hizo milagros grandes en Egipto, maravillas en la tierra de Cham, cosas terribles*

en

en el *Mar Bermejo*. Debemos considerar la aflicción de aquel Rey Santo, y Profeta, viéndose Rey de pueblo ingrato á un Dios tan propicio, y benigno, y siendo él tan agradecido á los beneficios de Dios, que en el *Psalmo 115* exclama con voces del corazón estas bien reconocidas palabras: *Quid retribuam Domino pro omnibus, que retribuit mihi?* "Qué le daré al Señor por todo lo que me dá?" No ha de pedir el buen Rey siempre á Dios que le dé mas: ha de ocuparse en buscar qué le dará por todo lo recibido. En buscar como agradecer á Dios lo recibido está el poder conservarlo. Para recibir beneficios de Dios basta ser qualquiera criatura: para reconocérselos es menester ser justa, y reconocida criatura.

Dixe que la incredulidad, que procede de ingratitud, es incurable. Probé con David que esta es la dolencia obstinada de los Judios. Que sea incurable lo pruebo con ellos, y con su dureza. Hay incredulidad que se cura fácilmente, por no ser de aquella malacasta. Esta se vió en Thomas Apostol, quando dixo: *Si no viere la figura de los clavos, y metiere mi mano en su lado, no be de creer*. Discurre en esto

para mi opinion S. Pedro Chrysólogo serm. 84. Daré á leer en estas palabras mucho oro, razonado de la mina de sus escritos: "Por qué así Thomas inquiera los vestigios de la Fé? Por qué al que tan piamente padece, tan duramente le examina resucitando? Por qué aquellas heridas, que rompió mano impia, así la mano devota las inquieta? Por qué al lado que con la lanza el Soldado desapiadado descubrió, porfia á desgajar la mano del que obedece? Por qué los dolores que causaron las manos de los perseguidores, los renueva la mano curiosa del Discípulo con crueldad? Por qué con tormentos al Señor? Con penas á Dios? Por qué, queriendo probar al Médico Celeste el Discípulo de la herida, le trata así? Cayó la potestad del diablo, descubrióse la cárcel del Infierno, desataronse las ligaduras de los muertos, muriendo el Señor, y se arrancaron los sepulcros, y resucitando el Señor, toda la condicion de la muerte se mudó: del sepulcro sacratísimo del Señor se levantó la losa, las ataduras, y sudario se desataron, la muerte huyó de la gloria del que resucitaba, volvió la vida, levantóse

la

la carne, que no había de caer mas. Y por qué á tí solo, Thomas, deseas que se te entreguen las heridas con demasiada curiosidad para el juicio de Fé? Qué fuera si estas con las demas se hubieran borrado? En qual peligro hubiera incurrido tu curiosidad? Persuádeste que no hay algunas señales de la piedad, ningunos documentos de la Resurrección del Señor, si con tus manos no aras las entrañas que así surcó la crueldad Judayca? Encaminó, fieles, la piedad: esto quiso la devoción, para que despues no le pudiera dudar la impiedad. Empero Thomas no sólo curaba su incertidumbre en su corazón, sino la de todos los hombres. Procuraba, habiendo de predicar esto á las gentes, cómo podría autenticar el sacramento de tan grande Fé. De verdad mas fue profecía que duda; porque para qué había de pedir tal cosa, si no hubiera conocido con luz de profecía que Christo había reservado sus heridas para el juicio de su Resurrección?"

Alumbrado del Espíritu Santo este grande, y elegantísimo Padre, demuestra que la de Santo Thomas Apostol no fue incredulidad ingrata, sino

profética. Fue incredulidad contra la incredulidad de los Judios, y de las gentes. Por eso mereció que Christo, renovando despues de resucitado su Pasion en cierto modo, le concediese manosear sus heridas.

Veis que á la ingratitud se le niegan los milagros, que no se negaron al Fariseo, á quien cortó la oreja S. Pedro, pues Christo se la restauró: á la Adúltera, por quien en la tierra hizo señales tan milagrosas, que dicen algunos Padres, que todos los que la acusaban leyeron sus pecados en ellas: á Maria Magdalena, de quien echó siete demonios, la Pecadora en la Ciudad, y conocida por este nombre? No es posible encarecer mas el detestable horror de la ingratitud.

Resta mostrar como fue Christo agradecido. Convidante á las bodas en Caná en casa del Rey del banquete. Vá con su Santísima Madre, y sus Discípulos: falta el vino, y hace que se vuelva el agua en vino. Por una comida obró el primer milagro de los que hizo, que fue honra grande, y singular prerrogativa darles la primera señal milagrosa con abundancia tan magnífica de lo que faltaba. Aquí se ofrece un lugar que ha fatigado muchos